

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan a los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principa
para *La Aurora Social*.

No imitaré vive Dios,
a ninguno de esos des.

Pienso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y quien así no lo crea
¡buen arreño, que me lea

AÑO III | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre . . . 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NÚM. 108

Pravia 21 de Febrero de 1904

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

DISCURSO

Pronunciado por D. JUAN BUJ, el día
13 de Diciembre de 1903

EN LOS LOCALES

DE LA LIGA CATÓLICA DE ZARAGOZA

CAUSAS DE LA CUESTIÓN SOCIAL

(Continuación)

Por eso, los pueblos inmorales
van y caminan siempre hacia el
despotismo y la tiranía.

Y por eso no mueren los pue-
blos corrompidos, porque cuando
llega ese período de corrupción y
de muerte, aparece al momento el
dictador cortando la carne podrica,
y, llevándolo todo á sangre y
fuego, purifica media sociedad
con el sacrificio de la otra media.

Son leyes providenciales de la
historia que se cumplen siempre.

Quando veáis, pues, que un
pueblo se arma y rodea de policia,
es decir, de fuerza, ya podéis ase-
gurar que en aquel pueblo el de-
recho es desconocido, y por eso
se invoca en auxilio del gobierno
social la fuerza, fuerza que irá
aumentando á medida que se va-
ya olvidando el derecho.

Y el día que la idea del deber
y del derecho muera en ese pue-
blo por completo, todos los hom-
bres serán de la policia, se arma-
rán de pies á cabeza, irán siem-
pre con el arma amartillada, por-
que vivir entre esos hombres, se-
rá peor que vivir entre fieras.

Por el contrario, el día que to-
dos los hombres obren sólo en con-
formidad con el derecho, desapa-
recerán los ejércitos, la policia, la
guardia civil; porque brillando so-
bre el campo social el sol del dere-
cho, sebra la fuerza.

¡Y cosa extraña! Nunca son los
pueblos menos libres como cuan-
do creen que lo son más.

Hoy creen muchos que somos
libres, sin fijarse que vamos como
los presos, entre parejas de la
guardia civil, no podemos dirigir
nuestros ojos á ningún lado que
no demos con uno del orden, que
nos vigila, que recela de nosotros,
porque su misión es ésa, recelar
de todos.

Por eso hoy es la fuerza, es la
violencia la que regula las relacio-
nes entre patronos y obreros.

Ya no se toma el nombre del
derecho, porque todos presienten
que el derecho es una idea muerta.

El capital impone por la fuerza
al obrero el salario, casi siempre
mezquino é insuficiente. El capi-
tal no mira al obrero sino como
una máquina que hace dinero,
una mina que se explota; por eso
no se cuida de si el obrero tiene ó
no familia, si gana lo suficiente ó
no; el capital sólo mira á la pro-
ducción, al mercado y al tanto
por ciento de ganancia.

¿No quiere el obrero trabajar
por un salario determinado? Tie-
ne siempre el derecho de marchar-
se, ó el derecho de morir de
hambre.

Contra esta tiranía brutal, el
obrero se revuelve y trabaja por
imponer sus condiciones, pero
también por medio de la fuerza,
la violencia, único poder de los
pueblos degenerados, único dios
de los pueblos sin Dios. La bur-
guesía capitalista se armará ca-
da vez más, sabiendo que la vic-
toria será del más fuerte; y el
obrero irá sumando brazos, hacien-
do odios y almacenando di-
namita, para el día de la batalla
final que será horrosa.

El obrero y el capitalista son
enemigos irreconciliables; por
eso la huelga será exterminadora,
y no cesará sino con la muerte de
uno de los dos bandos.

Les unía antes un lazo, la re-
ligión que les decía: «sois hijos del
mismo padre; sois, por lo tanto,
hermanos; mirad los unos por los
otros, y Dios velará por todos.»

Ese lazo se ha roto; y en el ta-
ller, y en la fábrica, el único len-

guaje que se oye entre los obreros
es éste: sois hombres como los
capitalistas, con los mismos dere-
chos, pero con peor fortuna. Os
han tomado la delantera, su pro-
piedad es un robo, á luchar y el
que más pueda.»

Horrible, todo lo que queráis;
pero lógico.

Es verdad, señores, que estas
ideas, en la práctica, no han ad-
quirido todo su desarrollo; pero,
si no oponemos un dique á ese to-
rrente desbordado de ideas infer-
nales, vendrán días tristes, en que
se abrirá el pozo del abismo, y el
espíritu del mal tenderá sus ne-
gras alas sobre esta sociedad mo-
ribunda. Pensad que las grandes
revoluciones materiales siguen
siempre á las grandes revolucio-
nes morales, y ved que en el orden
todo se ha removido, no queda
piedra sobre piedra. Vosotros, los
poderosos adormecidos en el dul-
ce sueño de una vida tranquila,
temed que mañana os despertéis,
no la campana de vuestra parro-
quia, sino el estampido del cañón,
ó el estallar de la bomba que des-
truya vuestros palacios. No que-
réis sacrificarlo hoy uno, tendréis
que sacrificarlo entonces todo. Lo
que se siembra en los campos,
eso nace después; lo que hoy es se-
milla, mañana será árbol gi-
gantesco, Y yo os digo: los cere-
bros están sembrados de semillas
de destrucción y de muerte; lo
que hoy, pues, son ideas, mañana
serán hechos que acabarán con
todo lo existente. Y tened presen-
te que esa revolución cosmopolita
no se detendrá en el cura; hoy el
cura es pobre, con el cura la revo-
lución no tiene más que para un
cuarto de hora; el cura es el espanta-
jo, el trapo rojo con que los sec-
tarios pretenden burlar la fiera
que avanza; pero ese trapo caerá
pronto, mejor dicho, se hará á un
lado, y la fiera irá al bulto: el bul-
to será todo aquel que tenga una
peseta.

¿Sabéis por qué el socialismo y
el anarquismo, es decir, la apos-
tasia de toda autoridad no ha da-

do en la horrosa destrucción
que predica? Pues es, señores,
porque los pueblos como los cuer-
pos son inertes. Un cuerpo se po-
ne en movimiento, y aun cuando
la fuerza que le impulsó deje de
obrar sobre él, el cuerpo continúa
moviéndose, por la inercia, hasta
que las resistencias acaban por
anular la fuerza primitiva. Si no
fuera por las resistencias, el cuer-
po continuaría siempre en movi-
miento. Porque la materia tan
inactiva es para moverse á sí mis-
ma, como para pararse á sí misma.
Algo parecido sucede con los pue-
blos que, obrando en masa, se re-
sienten de esta inercia que caracte-
riza á los cuerpos materiales.
Esta sociedad ha sido movida por
una fuerza divina, la fuerza de
Cristo; esa fuerza, señores, se ha
debilitado mucho por las resisten-
cias que ha encontrado á su paso.
Pero el impulso que Cristo dió á
esta sociedad fué grande; y esta
sociedad, aunque con paso lento,
sigue todavia la dirección que le
imprimió aquella fuerza divina.
Pudieran ser tan grandes las re-
sistencias que encontrase en
su camino, y tan suicida y necia
la conducta de los poderosos, que
no hiciesen nada por aumentar
esa fuerza divina que obró en el
mundo por medio de Cristo. En-
tonces, yo os lo aseguro, un día
nos despertaríamos envueltos en
llamas, en las cuales todos perece-
ríamos.

Mirad al anarquista enemigo de
todo orden, de toda autoridad.
¿Qué dice? «He venido á traer
fuego á la tierra. Que ardan los
palacios, que ardan las cabañas,
y en ese fuego, que todo sea des-
truido».

¿Queréis un remedio? Mirad á
Cristo. ¿Qué dice? Casi lo mismo.
«He venido á traer fuego á la tie-
rra y mis deseos son que la tierra
se encienda.» Haced brotar en el
corazón esta llama purificadora:
es el único remedio para evitar
aquel fuego destructor.

(Continuará)

FÁBULA TEMPESTUOSA

XXVI

(A todos y á ninguno)

De esta manera hablaba el otro día en el taller que tiene, un pobre obrero, porque esperanza había, en una huelga, de alcanzar dinero: Gano catorce reales, y aunque apurada un poco está mi esposa va, no obstante, tirando; y como á mí me enseña el socialismo que mi patrono y yo somos iguales y que él me está explotando de una manera horrible, escandalosa, hoy á la huelga acudo, para pedir en el jornal aumento, y como yo de fiyo le derroto, porque volverse rico sólo pudo con lo que yo le doy en rendimiento, subidos los jornales no admitiré ni término ni coto hasta llegar á veinticuatro reales. Logrado de esta suerte lo que con tantas veras deseaba, seré más firme ya, seré más fuerte, y podré dominarle, y como ahora de contar acaba el jefe socialista, podremos sujetarle, y nuestro esclavo hacerle, aunque resista, nuestras leyes y fueros. Después, como en el mundo, según nos diz también el socialismo, la ley es el cinismo, y es el derecho un crimen sin segundo, vencido ya el patrono y humillado, nuestro botín será y nuestro trofeo, y después, en la tierra ya la igualdad terminará la guerra, y ya al creyente humillará el ateo, y en caso de haber lobo, lobo ha de ser entonces el proletario, que á más, si es necesario la propiedad del mísero, es un robo.

Así el pobre pensaba; mas cuando al poco tiempo declararon la huelga que anhelaba, vióse sin pan, y sin hogar, hambriento, y como sus amigos despreciaron su sentida querella, tuvo al patrono que ir por el sustento, y si encontró la paz que apetecía, fué porque al templo se marchó por ella y en el templo la había.

Hablo á la clase obrera; triste es, á fe, pero también frecuente el caso precedente, parodia vil de la sin par «Lechera»

CICLÓN.

Cuentos sociales

CARIDAD Y ALTRUÍSMO

El sol dora las crestas de la montaña, por cuyos tortuosos senderos salta de un guijarro á otro guijarro, con jugueteos de arro-yuelo y brincos de gorrión, un chiclelo que apenas ha visto diez veces cubrirse el campo de flores.

¡Lindo es el muchacho! Moreno como el pan de centeno, manjar que suele triturar su nivea hilera de diente-cillos; con dos ojos como dos luceros en una carita de cielo sonrosado; con su cabecita desgredada siempre en movimiento á merced... de un reptil que va se escurre ligero por los resquicios de una piedra, de un pájaro que pía bullicioso al salvar la distancia que separa un árbol de otro árbol.

¡Pobrecillo Andrés! Tan guapo, con aquella carita de inocencia que parece hecha para la alegría y apurando ya las heces del dolor! Su madre del alma postrada en el lecho, victima de cruel enfermedad. Su padre no existe. El único hermano que tenía murió en la guerra de Cuba como un héroe defendiendo la enseña de su patria. Casi, casi, estaba solito en el mundo.

Por eso corre hacia la próxima villa á buscar pan para su madre, pan para él. Y corre con la sonri-sita bailándole en los labios, tarareando graciosamente con su media lengua de trapo:

¡Válgame el Señor San Pedro
Y la Virgen Soberanal
Cuando no salgo de noche
Madrugo por la mañana.

Al entrar Andresillo en el pueblo, sus ojitos, negros como la noche, se abrieron desmesuradamente como si quisieran recoger toda la luz del hermoso sol que alumbraba aquel continuo ir y venir de gente alocada, frenética, cuyos gritos, vivas y mueras se mezclaban los unos con los otros pareciendo romperse al chocar en el aire... Andresillo se confundió entre la muchedumbre, y arrastrado por ella, como la impetuosa corriente de un río arrastra un débil pedazo de madera, llegó á una anchurosa plazuela donde la gente se estacionó fijando sus miradas en el balcón de una de las casas que servían de marco á la plazuela. Andrés miró también para el balcón y vió asomarse á un señor que con descompuestos ademanes y viva fogosidad lanzaba recias imprecaciones y frases como las de *altruismo*, *obscurantismo*, y otras que Andrés no comprendía y que la muchedumbre aplaudía con loco entusiasmo... Terminó el señor la perorata... Y la gente prorrumpió en ¡Viva la república! ¡abajo los curas!... ¡viva el pueblo soberano!... ¡Muerá la tiranía!...

Andrés con muchísimo miedo en el cuerpo se acercó á uno de los que más gritaban é imploró una limosna; y por toda respuesta recibió un empujón que le obligó á medir el suelo. Levantóse á duras penas, gimoteando, y dirigióse á la casa desde cuyo balcón había hablado el señor. Abrió la puerta una viejecita jorobada, al mismo tiempo que el señor salía en compañía de otros... Quitóse Andresillo la mugrienta gorra y pidió una limosna para su madre enferma... Miróle de alto abajo el señor y le dijo:

—Si vas á la iglesia, donde están ahora celebrando función, y gritas con todos tus pulmones: ¡Viva la república!, ¡abajo los curas! te daré una peseta que cobrarás al saber yo que lo has hecho...

Andrés bajo de dos en dos los peldaños de la escalera, y en su alma de niño se entabló encarnizada lucha.

Por una parte su madre enferma, sin pan, sin medicinas; por otra el amor y temor que su mis-

ma madre le había infundido al santo templo... Entró no obstante en él, y un cura hablaba desde el púlpito á los fieles que devotamente le escuchaban. «La caridad, decía el sacerdote, muy distinta del altruismo y la filantropía, es la virtud más sublime del cristianismo. Amad al pobre, socorred al pobre en sus necesidades...»

Parecióle á Andresillo vislumbrar en aquellas palabras, llenas de unción, un nuevo horizonte, algo así como si una lluvia viniera á refrescar su alma. Esperó que terminara la función y se colocó á la puerta de la iglesia implorando de los fieles, según iban saliendo, una limosna para su pobre madre enferma... Y en su mugrienta gorrita caían las limosnas, mientras que su corazón saltaba de gozo en el pecho, su ojos se cuajaban de lágrimas y de su garganta se escapó un argentino ¡Viva la Religión! ¡vivan los curas!... ¡mueran... y presa de un síncope posó su cabecita sobre los brazos del sacerdote que á la sazón salía de la iglesia...

Gijón, Febrero de 1904.

GERARDO REQUEJO

INFUESTO

DIÁLOGO ENTRE REPUBLICANOS

(Consecuencias de los mítins)

VIII

—¡Adiós, Manolo! ¡Caramba qué corrido vas!

—Dispensa, Pepe; no te había visto.

—Espera un momento que tenemos mucho que hablar.

—No, no puedo, me es imposible.

—¿Y cómo esa prisa?

—Pues que vengo de la Cabaña donde me detuve más de lo regular; son las tres y media, y tengo obligación de estar en mi oficina del Ayuntamiento á las dos.

—Eso no debe importarte.

—¿Y las consecuencias?

—Vaya, vaya, qué presumido te vas haciendo. Quieres que te regalen el oído. Ya sabemos que en el Ayuntamiento no hay más alcalde, ni más secretario que tú.

—No exageres, Pepe.

—Pues es la pura verdad.

—Estás equivocado. Y es porque ignoras que el alcalde, de poco tiempo á esta parte, me mira de mal ojo.

—¿Qué modesto eres!

—Pero no tanto como tu hermano. A ése lo conocen bien los de Cereceda.

—Vamos, Manolo, quiero que me seas franco; para eso te he cortado los vuelos.

—¿Qué deseas?

—Que seas franco conmigo, repito.

—Habla. Estás despertando mi curiosidad.

—¿Por qué te encuentras tan preocupado hace tiempo?

—¿Y me lo preguntas tú?

—Claro está.

—Pues estoy preocupado por lo mismo que tú debías estarlo.

—Es extraño. ¿Y que te pasa?, ¿de qué nace esa preocupación, de la cual, según dices, debo participar yo?

—Pues que no duermo ni descanso indagando quién será esa persona que se escuda tras el pseudónimo que tengo atravesado aquí (señalando la nariz.)

—¿Qué pseudónimo?

—¡El de *Perecito*!

—¿Y eso te preocupa?

—Pues no ha de preocuparme; si EL ZURRIAGO y *Perecito*, y *Perecito* y EL ZURRIAGO me están volviendo loco!..

—No hagas caso.

—¡Hombre, me gusta tu modo de pensar! De modo que, después de ponernos en ridículo, ¿pretendes que nos callemos? No está mal. Pues yo no me callo. He de saber quién es *Perecito* antes de un mes, ó poco he de poder.

—No seas tonto y cállate. Ya no le queda qué decir, y no escribirá más.

—Eso mismo ya lo dijiste cuando escribió lo del mitin de Cabranes, y sin embargo ya ves. ¿Cómo crees tú que ha podido oír la conversación nuestra que publicó?

—Hombre, no sé. Bien podría ser alguno de nuestros amigos.

—Tienes razón. Bueno será prevenirse. ¿De quién te parece que debemos desconfiar?

—De D. Pío.

—No; ése no será.

—Pues entonces...

—Nada, chico; lo mejor es callarse.

—Sí, esa es tu costumbre; callarte á todo. Y en verdad que no me extraña que á todo cuanto te digan te hagas el sueco, porque ya he visto presentarte dos objetos, ante los que el mismo *Machiquito* tiembla, y tú... nada, como si tal cosa. Chico, eres un D. Tancredo.

—Observo que hoy vienes con mucha *segunda*.

—¿Yo? No, amigo, nada te he dicho con esa intención.

—Bueno, pero óyeme.

—Imposible; no puedo esperar, son las cuatro.

—Bien, pues mañana te espero aquí.

—No faltes.

—Palabra: no faltaré.

Y Pepe se queda, mientras Manolo se va al Ayuntamiento, dirigiendo al taller de modistas, que encuentra al paso, miradas significativas.

Por la impresión fonográfica

PERECITO

Incalificable

El proceder de *El Porvenir Asturiano* no tiene nombre.

Corridos y avergonzados sus hombres ante las planchas fenomenales que se han tirado en sus polémicas contra EL ZURRIAGO, se revuelcan rabiosos, en su ignorancia é impotencia, y proclamando cínicamente el principio de que «todos los medios son buenos para llegar al fin», sin ocurrirseles una sola palabra de defensa, ó siquiera de disculpa para sus torpezas, toman por la calle del medio, y arremeten ciegos de ira, no contra EL ZURRIAGO, ni contra los zurriaguistas, que son los verdaderos causantes de su descrédito, sino ¿contra quién dirán ustedes?

Pues, contra el colegio de S. Luis, del cual dice tantos y tales horrores *Silo* en su última *vomitona*, que por lo enormes, por lo absurdos, por lo estúpidos, no merecen siquiera los honores de la refutación.

Se puede discutir con un hombre obcecado, por extraviadas que tenga sus ideas, con la esperanza de conseguir apartarle de su extravío; se puede discutir con un ignorante á quien quizá se logre ilustrar. Pero con hombres de mala fe, congenituza que trayendo siempre en los labios la *verdad*, la *justicia*, la *honradez*, la *virtud*, entra á saco por vidas y honras ajenas, inventa los hechos que más le agradan, y miente, en fin descaradamente con el exclusivo objeto de hacer rodar por el suelo las reputaciones mejor sentadas, los prestigios hasta ahora por nadie discutidos, ¡oh! no con esa gente no se discute!

Contra los miserables que esgrimen semejantes armas sólo quedan el camino del desprecio, que es el que yo me propongo seguir, ó el de los tribunales, que es el que ha tomado con justísima razón el Director del citado Colegio de S. Luis.

El cual en manera alguna podía consentir que impunemente se diga por un fementido escritor, que en aquel Colegio han salido «*todos* (los alumnos) *suspensos y ningunos aprobados* en los últimos exámenes.»

Cierto que la monstruosidad de la invención releva del trabajo de impugnarla ante las personas sensatas; pero es infinito el número de los necios, y algunos pudieran caer en la trama urdida, si á tiempo no se impusiese al vil difamador el condigno castigo.

Según oficialmente puede demostrarse con certificaciones del Instituto provincial, los alumnos del Colegio de S. Luis sufrieron en aquel centro docente, en el pasado Junio, CIENTO VEINTITRES exámenes, y han obtenido la nota de *aprobado* en SETENTA y SIETE asignaturas; la de *notable*, en QUINCE; y la de *sobresaliente*, en CINCO, con CINCO premios consistentes en MATRICULA DE HONOR, en otras CINCO asignaturas.

¿Quién, pues, que no sea un canalla, podrá tener osadía y atrevimiento bastantes para sostener públicamente, como sostiene ese menguado difamador en *El Porvenir*, que en el Colegio de S. Luis salieron los alumnos TODOS SUSPENSOS Y NINGUNOS APROBADO?

¿Puede darse proceder más innoble, perfidia mayor, infamia semejante?

Y esta conducta es tanto más criminal cuanto que á *El Porvenir* no le mueven en tal campaña difamatoria, agravios recibidos de ese colegio, con el cual jamás ha tenido tratos ni contratos de ninguna especie, ni conoce siquiera su organización interior, ni los puntos que calzan sus profesores.

El Porvenir ha declarado la guerra al Colegio de S. Luis y miente así descaradamente para desacreditarle, sólo porque cree, á capricho, que alguno de aquellos profesores es el que ha sacado á la vergüenza pública en EL ZURRIAGO las torpezas y majaderías del papelucho de Navia, y para vengarse apela á ese medio bajo y rastroso...

Pero lo hizo con tanta torpeza que cayó

en la ratonera con una inconsciencia que ni el más inexperto ratoncillo le iguala.

Y la ratonera es de esas que no tienen escape.

No, el Director del Colegio de S. Luis no es como Cepeda que amaga para no ir.

El sin echar mano al «dinero destinado á los pobres,» va, yo lo aseguro, á los tribunales con la decisión que dan la justicia y el derecho vilipendiados; y allí se sabrá quién es *Silo*, ó al menos, quién paga los platos rotos por él.

Porque lo que es pagar, no les quepa á ustedes duda que alguien ha de pagar, y bien cara, esa indigna campaña de difamación emprendida por un insensato, y patrocinada por un... *licenciado* en Derecho.

¡Mentira parece!

¿Quién no sabe que las enormidades publicadas por *Silo* no podían decirse impunemente?

¿Cómo no vió Carlitos, el farol de Carlitos ese lío en que se metía, y las consecuencias funestas que se le hablan de seguir?

¿Desconocía, por ventura, el espíritu profético de las palabras del «venerable Maestro,» «cubierto de gloria» cuando hablaba «del resquemor del papel sellado, y las costas y la pena impuesta?»

Pues si así es, reconozca que se ha caído de un nido, y que para vivir en el mundo, como él quiere vivir, no basta tener mala intención y el alma echada á la espalda.

Se necesita otra cosa que por lo visto no tiene Calzada ni tendrá jamás; porque *quod natura non dat, Salamanca non prestat.*

Usted, Carlos de mi alma, será abogado, será republicano, será periodista (¡Dios me lo perdone!) será populachero, será *farante*, todo lo que usted quiera, menos hombre ducho como necesitaba serlo para no salir con las manos en la cabeza, cuando se mete en esos libros de caballería, que no entiende ni enterder pueden los hombres que echan á tumbos una carrera y luego pretenden abrir cátedra y dar lecciones al *Súrsumcorda*.

¡En buena te has metido, infeliz, en buena te has metido!

El día que cruzó por tu mente la idea de fundar un periódico republicano en Navia, donde sabes que no hay republicanos, más te valiera *estar duermes*.

¿Quién te ha mal aconsejado?

¿Quién había de decirte que encontrarías en la corte de D. Silo la horma de tu zapato!

Y ¡vaya una horma, caracoles!

Los zurriagos se te enredaron en las piernas, y ya no hay quien los desenrede.

Primero rodaron por el suelo las reputaciones de los hombres de *El Porvenir*, como literatos; y ahora para fin de fiesta andará rodando por los tribunales como procesado, el Director de *El Bombo*...

¡Bonito porvenir te espera, camarada!

¡Pero archimerecido, compadre!

Si á mí, siendo abogado, me ocurren tales fracasos, quemo el título y emigro, ó hago que la tierra me coma para no sufrir el sonrojo de tanta ignominia.

¡Te luciste, Carlos, te luciste!

Y ahora vele á *Silo* con el cuento de la «insuficiencia intelectual» de estos «golfos indocumentados» de la prensa

Estos golfos, Carlos, estos golfos tienen más enjundia y caletre que la que tú y los tuyos creías...

¿No te parece?

¡Condenados de zurriaguistas, cómo te la armaron con queso!

¡Y de Cabrales! ¡Del *picañón*!

¡Adiós, Carlos!

Da recuerdos á *Silo*, y, cuando quieras, vuelve por otra.

SIDRA CHAMPAGNE, marca ASTURIAS

Compite con el Champagne

Vigil, Blanco y R. Monte.—VILLAVICIOSA

MIERES

VAPULEO

Pues, señor, no vuelvo de mi apoteosis. Estoy furulato, patidifuso y ensimismado conmigo mismo hasta en lo más recóndito de mi ser impersonal y recalci-trante.

Ustedes tal vez no sepan qué es lo que quiero decir en el anterior párrafo más ó menos filosófico.

Pero ¡ay! que á mí me sucede lo mismo y eso que yo soy, como suele decirse, el padre de la criatura.

Mas no extrañen ustedes que yo escriba de tal modo, porque á lo mejor le suceden á uno cosas que dejan á uno sin saber lo que hace uno.

Desde que en *La Escupidera* de la semana pasada leí el anuncio del *entree* del simpático y perfumado barbero Martín Sáenz, crean ustedes que no sé lo que me pasa, ni sé dónde tengo la mano derecha, ni dónde tienen la vergüenza algunas mujeres que son madres nada más que porque dan á luz.

Como las cabras, las burras ó las yeguas.

Y que me dispensen estos apreciables irracionales si los comparo, bajo ese concepto, con algunas mujeres que por casualidad andan en dos pies.

Pues sí; el sábado de la semana pasada se verificó en el local del Centro socialista, de la manera más brillante, el matrimonio de una vez y en montón del bueno de Martín Sáenz con la bellísima (según *El Liberal*) y desahogada (según todo el mundo) joven Pilar Álvarez hija del ex-republicano y hoy socialista tremebundo Manuel Alvarez, muy conocido en estos contornos por el *Pantusu*.

El matrimonio de Pilar y Martín, fué apadrinado por la viuda de Paláu (q. e. p. d.) Pepa Molines, como familiarmente la llamamos sus queridos *compañeros*, y por Manolito Vigil, el *leader*.

Como testigo, dice *La Escupidera* que asistió el pueblo de Mieres...

Hombre, francamente, en eso no es toy conforme.

¡El pueblo de Mieres! ¿Pero, Huergo, crees tú que el pueblo de Mieres lo constituye aquella gente que fué á presenciar el amontonamiento de Pilar la bellísima y Martín... el *pescador*?...

Por la emancipación universal, hombre, por la emancipación universal respecta un poco más al pueblo de Mieres y no le supongas tan falto de sentido común, tan exento de educación y tan pobre de vergüenza, para figurarte que el pueblo de Mieres, el honrado pueblo de Mieres, sea capaz de autorizar, como testigo, con su presencia el concubinario acto llevado á cabo por la bellísima Pilar y el *pescadorísimo* Martín.

No, Huergo, no. Ten nn poco más de pupila y no confundas el pueblo de Mieres con la morralla socialista.

Allí no hubo más testigo formal que la plana mayor del socialismo mierense y el distinguido orador y zapatero, todo en una pieza, Perfecto el *federal*, ayudante de órdenes y discípulo predilecto del eximio Manolito.

Según dicen algunos *guasones* que fueron á presenciar, no á servir de testigos, eh?, el matrimonio de Pilar la bellísima y de Martín, el *afeitaor*, el acto revistió una solemnidad desusada.

Primeramente soltaron unos cuantos *voladores* para anunciar *urbi et orbi* el fausto acontecimiento. Después fueron llegando las comisiones, y por fin el *pueblo de Mieres* ocupó el amplio salón de actos... vergonzosos.

Dicen los *guasones*, pero esto yo por guasa lo tengo, que cuando entró en el local Perfecto el *federal* el orfeón socialista cantó á toda voz y pico la *Marcha de los zapateros*, la que hubo necesidad

de repetir á instancia de la *compañera* Pepa Molines.

Dejaré los *guasones* á un lado y continuaré con la boda.

A las ocho en punto de la noche, se levantó el telón y apareció el proscenio radiante, deslumbrante y despampanante.

Allí escaba en primer término, sencilla al par que elegante, la bellísima Pilar, la prometida del feliz Martín. Estaba emocionada, pero al mismo tiempo demostró tener la cara más dura que un carril de acero.

Junto á la novia estaban sus padres, de cara dura igualmente, y la madrina *Pepa* Molines con una frescura tal que muchos creyeron que aquella *compañera* no era Pepa Molines sino *Pepa la Frescachona*.

Vigil, que además de padrino oficiaba de *pastor*, se acercó á los novios (Martín estaba *hechicero*), les hizo las preguntas de rúbrica y luego les soltó una *sofama* para demostrarles que quedaban *en casados* como cualquiera, no siendo para estos actos necesario que haya cura ni juez, ni *ná*. Lo principal, decía Vigil, es que haya amor...

Terminado el acto, desfiló la concurrencia, que dió vivas á los novios, y volvió á soltar *voladores* en honra y gloria de Pilar y Martín.

Llamó la atención que no asistieran á la boda las *tías* naturales de la novia, *máxime* cuando ellas son aficionadas á matrimonios de esta índole.

Pero lo que diría la novia. ¿«Que importa que no vengan mis *tías*? Lo que sobran en mi boda son *tías*... De todos modos, cuando *ellas*, las mías, sepan cómo me casé, no podrán decir que he roto la *tradición de familia*.»

Y creo que tiene razón Pilar la *bellísima*.

A la cual, así como á su *indocumentado* Martín, doy la más cumplida enhorabuena.

Los republicanos también celebraron aquí la proclamación de la república.

De aquella república que, por razón de higiene, tuvo que disolver é *puntapiés* el general Pavía.

Una *fabada* fué el democrático plato que sirvió para celebrar el 11 de Febrero.

Asistieron unos cincuenta ciudadanos, algunos de los cuales brindaron por el pronto advenimiento de la *niña*, y otros brindando y todo lucían la *clásica melopea*.

En el banquete no ocurrió nada de particular... ¡Ah, sí! Ya no me acordaba, *recontra!*

Mientras el banquete tenía lugar se vendieron entre los *ciudadanos* gorros fríos de seda, á diez y ocho reales pieza.

Por cierto que entre los asistentes á quienes sentaba muy bien el *pimiento riojano* se hallaban D. Francisco Jove, el *vatu* y D. Manuel A. Casal.

¡D. Manuel Casal con gorro fríol! ¡don Manuel Casal, que siempre se las echó de católico, vistiendo la prenda orgullo de Lerroux y de Rodrigo Soriano! ¡don Manuel Casal, él, que siempre se las echa de independiente, haciendo gala de pertenecer al partido prototipo de todas las tiranías y de los más absurdos despotismos! ¡D. Manuel Casal con gorro fríol... ¡Jesús, Jesús y mil veces Jesús!...

De todos modos es necesario tener paciencia.

Y reconocer que el gorro frío es una prenda muy elegante, muy estética y muy airosa.

Baste decir que D. Manuel A. Casal y su correligionario el *Ratu* la noche del banquete estaban piramidales, encantadores... ¡preciosos!

El Dómine Giraldo.

DE LLANERA

Diálogo entre el Llobu de Cayés
y su amigo

—¿Qué tal, Pepe, qué tal el otro día, después que yo marché?

—¿Cuándo?

—¡Hombre! el día que estuvimos juntos bebiendo sidra, y luego nos pusimos a jugar para entretenernos.

—¡Ah! ya recuerdo. Me pintó al pelo, chico. Les limpié lo que traían en el bolsillo, que por cierto era bien poco; pero, de la que principié, por poco me dejan descalzo.

—Entonces, ¿cómo te arreglaste?

—¡Ah! muy bien. En cuanto los vi enfilados y que ya apuntaban algo gordo, siempre salía la contraria... de ellos. Ya sabes que yo para eso me pinto solo.

—Y cuando talla otro?

—Cuando talla otro, con bajarse disimuladamente un poquito se puede apuntar casi sobre seguro; cargar ó retirar según convenga. Cuestión de agacharse á tiempo.

—Ya veo que eres un granuja para el juego; pero me choca que ninguno de ellos te haya visto hacer esas raperías.

—Ca, hombre, ca. ¿No ves que todos los que juegan conmigo son unos zoquetes que ni ven, ni oyen, ni entienden?

—Dime: ¿no te remuerde la conciencia por llevarles el dinero en esa forma?

—¿La conciencia?... Apañado estaba yo si tuviera ese estorbo á estas alturas. Eso de conciencia es bueno para los fanáticos como tú, que hacéis caso de ese ZURRIAGO y de lo que os dicen los del *sayu negro*, según te dije el otro día.

—Pero hombre buena pelea tienes con esos que llamas del *sayu negro*.

—No los puedo ver, ni pintados. ¿No leiste las batidas que me van dando en ese papelucho que llaman EL ZURRIAGO? ¿Cres tú acaso que porque me río y hago la deloso cuando oigo leer esas cosas, crees, repito, que no me queda dentro otra? Me río para hacer ver que no me molesta lo que dicen; pero...

—Hombre, sí, verdad es que he leído esas batidas; pero en ellas nada encontré contra tí. Esas batidas van todas contra ese Llobu que al parecer hay en Coruña.

—Bien borrico eres. Con socialistas como tú bueno iría nuestro partido. ¿A quién llaman aquí el Llobu? ¿Y cuántos Llobus hay en Coruña?

—¡Pues, hermano, yo de veras estaba inocente de todo eso: nunca presumí que se dirigían á tí. ¡Ya se ve!, como somos tan amigos, nunca lo creía.

—¡Sí, hombre, sí! yo soy el per-

seguido; pero como no me apuntan bien (hasta ahora no pueden venir más derechas) lo que es á ese morral de Puga he de darle guerra mientras viva, como él me la da á mí. El día que entremos Jesús y yo de concejales, que no ha de tardar, ya verás cómo armamos buen revoltijo para nosotros poder vivir á gusto.

—Calla, Pepe, no sueñes con eso, pues ya te he dicho el otro día que nunca en tu vida podías conseguir eso, porque no sabes lo que traes entre manos; y si nó, el tiempo será testigo.

—¡Puño! *aviado* estaba yo si fuese como tú dices. ¿Por qué piensas que me hice yo socialista, y por qué trabajo para que se asocien los labradores si no es con el fin de que cuando haya nuevas elecciones me votéis á mí todos?

—A ese *enfotu* quisiera yo un *vestiu fian* hasta entonces, pues de seguro nunca tenía que pagarlo.

—¿Qué *muchu yes!* ¿Cómo se conoce que de estas cosas no entiendes palotada!

—Pues lo que es tú entiendes mucho!.

—Mira, con tal que entienda el modo de ir sacándoos los cuartos, para ir viviendo, me basta.

—Sí, eh? Pues á mí ya no me sacas otra perra chica en toda tu vida.

—Ya lo veremos. El mejor día te caes como los otros, pues ya sabes que también eres muy aficionado.

—No tengas cuidado, que lo que es contigo volveré yo á jugar cuando salga el sol por *Xixón*. Conozco tus mañas y socialista escaldado... lo que se sigue.

—Bueno, chico, habrá que *sufirir*; pero no serás tan canalla que vayas á descubrir á los otros lo que te he dicho en confianza, porque entonces me jeringas tú más que todos los del *sayu*.

—¡Dale con los del *sayu!*

—No lo puedo remediar, hombre. Es tanto el odio que hace tiempo tengo á esos congrios que cada vez, que me acuerdo de ellos me dan ganas de morder.

—No sé por qué dices eso, pues, te repito que nunca les oí decir nada malo de tí. En cambio tú estás diciendo... mil perrerías de ellos á todas horas y en todas partes.

—Hago bien. ¿Por qué echan contra el socialismo para que yo y otros no podamos vivir? ¿Qué les importa á ellos si vivimos ó no á cuenta de las cuotas que pagan los asociados y con lo que yo saco per vender *La Aurora*?

—No, hombre, no. Ellos echan contra los que, como tú, andan engañando á los obreros y labradores y despotricando contra la Religión sin saber lo que es Religión. ¿No sabes que una de sus obligaciones es enseñarnos el buen camino y procurar que nos apartemos del malo por donde tú y compañeros de maldad queréis enveredarnos? Si el socialismo no fuese irre-

ligioso, inmoral, ateo y enemigo de la familia y de la sociedad los sacerdotes, los del *sayu negro*, como tú los llamas no predicarían contra él.

—Bueno, bueno. Véte tú y ellos á hacer buñuelos y cuéntales lo que hablamos hoy, como hiciste el otro día.

—¿Cómo el otro día? Si á nadie conté lo que pasó entre los dos.

—¿Quién había de ser más que tú, so morral? ¿Cómo trajo EL ZURRIAGO de ayer todo cuanto hemos hablado, sin faltar absolutamente nada?

—No lo sé; pero como tú para contar una cosa aúllas tan fuerte, alguno de los que estaban por ahí nos oyó y fué en seguida con el cuento.

—Bueno, lo mejor será que no volvamos á hablar más de esto, y así nadie tendrá que contar nada.

—Bueno, no te disgustes por eso; por fuera que nos levantarán calumnias y dijeran lo que no había pasado, pero hasta la fecha no han contado más que la verdad.

—Sí, sí, pero ¿cómo ese cuerno que estuvo escuchando, sería capaz de acordarse de todo lo que hemos hablado? Buena memoria debe de tener.

—No debe de ser mala, y también debe de tener buen oído cuando no se le escapó ni una palabra. Porque has de *fiyate* que está todo cual pasó.

—Sí: ese valía para ir con nosotros á las reuniones y *mitins*, y contar después de por be en los periódicos todo lo que habláramos.

—Claro que valía; pero ¿quién acierta quién es? Son tan falsos la mayor parte de esos que andan á nuestro lado!

—Sí, es verdad que son muy falsos y desleales; pero ¿quién será ese canasto, que firma esas batidas? Debe ser algún cuervo de esos del *sayu*.

—No lo creo así, pues hoy he tratado de averiguar algo, sin que advirtiesen mi presencia, y parece que decían que ese Nemrod era un cazador, biznieta de Noé.

—¿Vive todavía ese truhán, después de tanto tiempo?

—Si no vive él, vive un tocayo que debe de ser también buen cazador á juzgar por la caza que persigue. Se dedica á los animales dañinos.

—¿Soy animal dañino yo, cara de pote?

—Hombre, ahora poco me dijiste que tú eras el Llobu de Coruña. Conque si los Llobos no son animales dañinos, entonces no sé cuáles serán.

—Hombre sí; pero hay más animales dañinos que yo.

Claro que los hay. Si fueras tú solo, pronto te cazaban, y quedaba la tierra sin ninguno.

—No todas las veces se apunta bien.

—Ya lo sé; pero ese Nemrod, me parece que tiene buena punte-

ría, sobre todo desde que se viene ejercitando en el Tiro Nacional que establecieron en Llanera. Prueba de que es buen cazador la tienes en la mano. Ya ves cómo cazó todo lo que hablamos aquí el otro día.

—Es que algún soplón se lo contó.

—Pues te aseguro que yo no fui.

—¿Quién porra sería?

—No lo sé. Cuando menos cualquiera de esos que por querer figurar en algo dicen que son socialistas como nosotros, y no son más que unos charlatanes y adula-dores.

—Bueno, ya lo averiguaremos. Que cuenten lo que les dé la gana. Dejemos esto por hoy y vamos á echar un albur á ver si prueba como el otro día.

—No sé. Parece que hay otro personal por ahí.

—Lo mismo da.

Al llegar aquí hizo mutis y se retiró por el toro su afectísimo.

Nemrod

Zurriagazos

A la hora de entrar en máquina este número recibo la alarmante noticia de que Vigil por ir de *casamentero* á Mieres dió con sus huesos en la cárcel de aquella villa.

El hecho no me sorprende, porque eso y mucho más merece quien así hace público escarnio de las leyes divinas y humanas; pero revela en la primera autoridad local de Mieres una energía á que no estaban acostumbrados los mieren-ses.

¿Será verdad tanta belleza?

Si no lo es merecía serlo.

Porque es verdaderamente irritante que todo un concejal del Ayuntamiento de Oviedo se vaya á un pueblo, y ante una concurrencia más ó menos truhanesca oficie de Cura y de Juez, y declare con su indiscutible autoridad de mentecato, que el bárbaro Martín y la pindonga que con él se embargaron, «están bien casados desde el momento en que dijeron: *me quieres y te quiero*».

¡Anda salero!

Y ¡aún creen algunos que EL ZURRIAGO es injusto con Vigil!

Indudablemente hay que erigirle una estatua.

Por badulaque.

La Semana, periódico que comenzó á publicarse en Luarca á mediados del mes pasado, visitó esta redacción desde el primer número, y EL ZURRIAGO correspondió gustoso á su saludo.

Si quizá no ha llegado á su destino, culpa habrá sido del servicio de correos, que tan excelentes resultados está dando en toda España.

Y hago esta observación porque el colega se queja en su último número de la falta de correspondencia de algunos de sus compañeros, y esa mancha no quiero que caiga sobre mí tratándose de un periódico que por las trazas sabe guardar las formas, y escribir en castellano.

En cuanto á la otra queja que da de los que utilizan sus trabajos sin citar la procedencia nada tengo que reponer; porque no va conmigo la indirecta.

Pravia.—Imprenta del Colegio